

Presentación

Jubilar la impresión o el consumo como redención

PARA EL EQUIPO EDITORIAL DE *Veredas*, revista del pensamiento sociológico, es siempre un gusto poder presentar un nuevo número de nuestra revista. En esta ocasión nos corresponde poner ante ustedes el número 48 de esta nuestra Nueva Época. Con él inauguramos una etapa de celebraciones. Por un lado, los primeros 50 años de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y, por otro, los primeros 25 años de nuestra revista bajo la denominación de *Veredas*. Respecto a los 50 años de nuestra casa de estudios, quizás haya poco que agregar, sobre todo porque una celebración tan importante ha logrado concitar un esfuerzo institucional que ya se deja ver y que busca visibilizar el importante papel que la UAM ha consolidado en la sociedad en apenas medio siglo de existencia.

En lo que toca a *Veredas*, estos 25 años representan la continuación de un esfuerzo de difusión que comenzó prácticamente a la par de nuestra universidad y específicamente con los trabajos del Departamento de Relaciones Sociales. Proyectos editoriales como la *Revista Relaciones* y la *Revista Anales*, forman parte de los antecedentes sin los cuales *Veredas* no podría entenderse y de los que también formamos parte como continuación. Resulta evidente que los cambios en los proyectos de difusión dentro de la UAM obedecen a la necesidad de adaptar dichos esfuerzos editoriales de difusión a los cambios en las dinámicas académicas y de transformación de los esquemas en la circulación y consumo del quehacer investigativo. Pero también, como una forma de adaptar a la academia a los cambios y presiones provenientes del exterior. Por ejemplo, la creación del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) como resultado de la crisis de los años 80 del siglo XX y la imposibilidad del gobierno para garantizar aumentos generalizados

a los docentes azotados por la precarización de su actividad, impactó todo el trabajo académico en su conjunto. La creación de un sistema de evaluación externo que comenzó a premiar la productividad bajo el argumento de reconocer la calidad académica, impulsó una dinámica de trabajo a destajo dentro de las instituciones de educación superior, donde justamente la calidad fue lo primero que se sacrificó en aras de la hiperproductividad. De hecho, el trabajo académico y las instituciones en su conjunto comenzaron a subordinar su operación al cumplimiento de los parámetros impuestos por instancias externas como el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT). Así, en poco tiempo creció la oferta de estudios de posgrado, sobre todo al amparo del Padrón de Posgrados de Excelencia y el sistema de becas para el Mejoramiento del Profesorado (PROMEP); en algunos casos, como la UAM, el número de programas de posgrado supera a los de licenciatura. Lo mismo ocurrió con todas las publicaciones, particularmente las revistas y las llamadas “publicaciones periódicas”, que se incrementaron en relativamente poco tiempo para dar salida a la también creciente producción y la necesidad docente por mejorar sus ingresos a través del SNI.

La actividad editorial ha crecido considerablemente en nuestra universidad, lo que nos enfrenta a una serie de problemáticas, vinculadas principalmente con temas presupuestarios, que además se han agudizado bajo la política de “austeridad” impulsada desde el gobierno federal desde el sexenio anterior. Si bien la política de austeridad busca efficientizar el gasto, poner freno a los abusos en el uso de recursos públicos, su interpretación al interior de instituciones como la UAM está impactando de manera negativa funciones sustantivas como la investigación y la difusión. Por ejemplo, la reducción de tirajes bajo el argumento de la “austeridad”, la poca circulación de la producción editorial y la preponderancia de los materiales electrónicos encarece el precio unitario de libros y revistas, dejando estos materiales fuera del alcance a un sector importante de la sociedad, particularmente del estudiantado, así como de aquellos sectores fuera de la UAM, generalmente los más vulnerables, que no tienen acceso adecuado a internet o aparatos celulares de gama alta o media desde los que leer no sea una proeza que desincentive el interés por la lectura, generando así un círculo vicioso que termina por autorrealizar la profecía. Por otro lado, el tema de la digitalización, más allá de resolver los problemas de acceso al conocimiento, está generando impactos negativos en la educación, como lecturas superficiales, reducción de la capacidad y el tiempo de concentración y retención, así como problemas de salud visual. De hecho, estas mismas problemáticas han

impulsado que gobiernos como el de Suecia comiencen a dar marcha atrás al proyecto de digitalización como una forma de detener el deterioro de las habilidades de aprendizaje y lectoescritura en sus estudiantes.

Pero más allá del tema de la austeridad, otro de los grandes argumentos para empujar procesos de digitalización en materia editorial ha sido el tema ambiental, bajo la idea de que lo digital genera un menor impacto, cuando en realidad los procesos de digitalización sólo ocultan el costo ambiental, generan una falsa idea individual de redención en su promoción y consumo; en otras palabras, los argumentos ambientales para justificar la digitalización son un tipo de *greenwashing* para la autocomplacencia. La realidad es que el resguardo de materiales electrónicos, puestos en bases de datos “a perpetuidad” para su consulta requieren un gasto de energía altísimo, más si a la operación de los servidores sumamos los sistemas de enfriamiento necesarios y el consumo de agua asociado. Se estima que los centros de datos consumen más del 2% de la energía mundial, mientras que el gasto de agua por cada *gigabyte* almacenado llega a los 200 litros, muy por encima de lo que la industria editorial genera en materia de impacto ambiental. Aunque si bien es cierto que la digitalización posibilita un mayor alcance de la obra y conocimiento del perfil de los lectores, un mayor control estadístico de las consultas y las citas, no podemos obviar las consecuencias ambientales y cognitivas subyacentes, sobre todo a largo plazo. Por ello es importante fomentar y ampliar el debate sobre estos temas.

¿Jubilar la impresión?

Hace ya casi 30 años, en el aparentemente lejano 1997, el nobel de literatura, Gabriel García Márquez, propuso en el Primer Congreso Internacional de la Lengua Española, “jubilar la ortografía” como una forma de simplificar el castellano, hacerlo más accesible y ganar terreno en su difusión. Evidentemente, la propuesta no pasó inadvertida, ya fuese como genialidad o disparate, su enunciación generó un amplio debate sobre sus implicaciones. Lo cierto es que a más de tres décadas, la ortografía aún goza de cabal salud. Quizás, lo mismo ocurre con el intento de jubilar la impresión. Lo que puede parecer una genialidad, puede no serlo tanto si se analiza desde una perspectiva de largo plazo. El impacto de la digitalización ya se deja ver en las aulas, el uso de la Inteligencia Artificial, más allá de constituir una herramienta para el aprendizaje y el trabajo académico, parece estar siendo utilizada como un sustituto del trabajo intelectual. Aunque los libros impresos por sí mismos no resuelven el problema del deterioro de las habilidades

cognitivas, sí son herramientas que históricamente han ayudado a la formación y construcción de esas habilidades. Más, si pensamos en la experiencia de la lectura en relación con ese objeto llamado libro que nos resistimos a jubilar, no sólo por una simple cuestión nostálgica, sino en gran medida porque sigue siendo el soporte del conocimiento humano, pero además, como una forma en que la universidad pública debe asumir su responsabilidad social para fomentar el pensamiento crítico.

♦ RENÉ DAVID BENÍTEZ RIVERA
Director de *Veredas*